
Sobre la condición contingente de nuestras vidas

Una reflexión de Antonio Rodríguez Huéscar

Introducción de José Lasaga Medina

Sed contingentiae sua jura conseruo

LEIBNIZ

1

Cuando Jaime de Salas, entonces director del Centro de Estudios Orteguianos, me pidió que eligiera y editara para esta revista un texto de Antonio Rodríguez Huéscar (1912-1990), dudé de cuál preferir, aunque éste, sobre la contingencia, fue uno de los primeros candidatos. Sólo me hacía dudar su dificultad, escrito en un castellano sin concesiones a la imprecisión, lo que en metafísica exige mucha matización, distinciones, incluso repetición o, mejor, reiteración. El rigor a la hora de exponer ideas complejas en contextos abstractos exige la sintaxis y la semántica con que está redactado el ensayo sobre la *contingentia mundi*, una de esas categorías que atraviesa la historia de la filosofía desde que Aristóteles la sistematizara como una modalidad del ente entre lo necesario y lo posible. Pero no tema el lector, porque, a pesar de lo dicho, el texto se deja penetrar con un poco de atención y otro poco de paciencia.

Como en otros discípulos –pienso en José Gaos o en Manuel Granell– el peso de la “leyenda negra” sobre la filosofía de Ortega, a saber, que aquello no era “filosofía” sino “literatura”, que carecía de sistema, etc., actuó en Huéscar, y ello desde el principio de su obra, como exigencia de presentar la filosofía del maestro, justamente, como un pensar sistemático de suyo, independientemente de que Ortega hubiera escrito un “tratado” o “mamotreto” (Gaos *divit*) que presentara en orden escolar las ideas. Lo que Huéscar sabía y demostró más allá de toda duda es que las categorías centrales de la razón vital o histórica son de suyo sistemáticas. El tema de su tesis doctoral, luego publicada en libro, *Perspectiva y verdad* (1966), es la prueba de que una idea –lo real se da al yo viviente siempre como perspectiva–, capaz de involucrar las grandes cuestiones que históricamente reclaman sistematicidad, está presente en el pensamiento de Ortega desde el primer momento de madurez en *Meditaciones del*

Quijote (1914) hasta el final. Y junto a la idea de perspectiva, la de “vida”, muy pronto precisada como “humana” y más tarde como “biográfica”, la estructura de “nuestra vida” en sus dimensiones personal o íntima y social o colectiva, la reflexión sobre la constitutiva libertad de nuestra existencia y su inseparable dimensión ética, que, como veremos, se convierte en el tema del último trabajo de Huéscar: la inseparabilidad, en la metafísica de nuestra vida, de su dimensión “lógica” (de conocimiento de lo que hay) y su dimensión “ethológica” (de acción o quehacer). En resumen, todas las cuestiones enumeradas, centrales en la filosofía de Ortega –y de Huéscar– resultan ser sistematizadoras en el trato que reciben en la razón vital.

“La ecuación de la contingencia” es un ensayo que muestra la intención, coronada por el éxito, a mi juicio, de mostrar que la lengua castellana se presta a pensar y comunicar los temas de la filosofía primera, que desde Grecia ha de responder a esa primera pregunta: ¿qué es lo que hay y por qué (o cómo es que) lo hay?, sirviéndose de los métodos tradicionales e innovando, por ejemplo, con el uso la “razón etimológica”¹, para esclarecer las estructuras subyacentes de nuestra vida. Decir que nuestra vida es una articulación de circunstancia y “yo-proyecto” no es sino un primer enunciado que tiene que ser descompuesto analíticamente hasta describir las formas en que se da la circunstancia y la forma en que se nos da ese yo obligado a proyectar su existencia. Huéscar se propuso describir esas categorías y atributos en un breve libro, *La innovación metafísica de Ortega*², cuya segunda parte, la más extensa, se titula, precisamente, “Superación del idealismo: categorías de la vida humana”. La concisión en las descripciones de las mencionadas categorías fue posible porque Huéscar había estado impartiendo cursos sobre esa temática en la Universidad de Río Piedras (Puerto Rico), durante los veinte años de docencia que ejerció en la isla, entre 1956 y 1971.

Después de que apareciera *La innovación* en 1983, el año del centenario del maestro, Huéscar emprendió la tarea de redactar, aparte de otros trabajos ocasionales, y de recopilar sus ensayos sobre Ortega en un libro que envió a Soledad Ortega para su publicación pero que ésta no pudo publicar, titulado *Semblanza de Ortega*, la tarea, decía, de su propio tratado de metafísica en la estela de la filosofía de la vida humana³, pero con tesis originales que se

¹ El lector hallará en el texto notables empleos de etimologías de palabras de uso frecuente en nuestra vida cotidiana, que ocultan en su interior un sentido filosófico inesperado, como el juego entre lo “duro” y lo “durable”, o el uso de neologismos como “in-surgente” o “instancial”.

² Una primera edición en Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1982. (Prólogo de Julián Marías). La segunda edición en Biblioteca Nueva, 2002, con prólogo de Javier Muguerza, estuvo a cargo de Jorge García-Gómez.

³ Huéscar reivindicó públicamente su condición discipular en una polémica con Aranguren en que éste elogiaba como mérito la “heterodoxia” en los lectores de Ortega. Cfr. “Diálogo con Ortega”, *El País*, 16 de diciembre de 1985.

adentraban por caminos aún no explorados ni por Ortega ni por otros discípulos. El tratado en que trabajaba y que, sin terminar, quedó inédito, fue publicado años después de su muerte. Se llama *Éthos y Lógos* y “La ecuación de la contingencia” es su capítulo séptimo⁴.

2

Precisamente, una de las mayores dificultades de la metafísica de la vida humana es conciliar dos características: una, la de ser “realidad radical”, no por ser el fundamento, en el sentido de que los entes lo precisan, sino porque es la realidad en que hacen acto de presencia, aparecen, todas las demás realidades⁵; y dos, la característica de ser transparente, y tan inmediata a la conciencia (en el sentido del mero “darse cuenta”) que, como el cristal para el que repara en un paisaje, pasa desapercibida. Por eso ha tardado tanto la filosofía en “tematizarla” como objeto de reflexión. Pero esa transparencia no es idéntica a la del cristal, que es una “cosa”, un “ente”, sino que se da en algo que es puro acontecer, puro devenir en el sentido que desde Heráclito tiene el término. De ahí que Huéscar comience su texto con una advertencia que el lector hará bien en no ignorar: su análisis de la contingencia se sitúa “fuera del horizonte conceptual de la ontología clásica, que es el de la *modalidad* del *ser* o del *ente*”. Y a la legítima pregunta de ¿en qué horizonte se sitúa, entonces?, contesta: nuestra vida “se constituye” como algo “esencialmente *dramático* (...). Tiene, por tanto, un carácter de *acontecimiento*, no *natural*, sino *historial*”.

“Contingencia” no es un término exclusivamente filosófico, aunque ha ocupado un lugar importante en la historia de la filosofía desde la teología tomista⁶ hasta el existencialismo. El sentido común lo encaja en la vida cotidiana sin dificultad. El diccionario de la Academia de la Lengua define “contingencia” como “posibilidad de que algo suceda o no”. En efecto, nuestra vida es de suyo tiempo medido y limitado, abierta al azar y a lo imprevisto, que puede irrumpir en cualquier momento y, aún más determinante, pendiente de un futuro enigmático del que nos llegan cosas y acontecimientos con los que en ocasiones no sabemos bien qué hacer. Que la vida, la de cada cual, es constitutivamente inseguridad es una de las marcas que con más insistencia reiteró Ortega en su obra tardía, al punto de servirse del lema de un caballero borgoñón del

⁴ Para las distintas publicaciones de “La ecuación de la contingencia”, véase la primera nota de la edición del texto. *Éthos y Lógos*. Madrid: Ediciones UNED, 1996.

⁵ El lector advertirá muy pronto que el análisis de la contingencia que realiza Huéscar parte justamente de este rasgo de toda vida humana.

⁶ Tomas de Aquino lo usó como el opuesto al atributo que definía la esencia misma del ser divino, la “aseidad” o el ser que existe por sí mismo, siendo el humano, junto con el resto de las criaturas creadas, seres que tienen la existencia “prestada”, de modo que pueden perderla en cualquier momento; pueden ser o no ser.

siglo XIV, que reza “Sólo me es segura la inseguridad”, para describir ese carácter contingente que determina y “destina” nuestra existencia. Huéscar se hace eco de otra aproximación al tema de la contingencia en el precioso análisis que hizo Ortega de la pintura de Velázquez y que nuestro autor extracta en unas pocas líneas: “Velázquez se pasó la vida pintando o tratando de pintar la contingencia misma, entendida en este sentido del carácter surgente de la realidad”.

Éste es el complejo asunto en que pone orden y claridad Huéscar, al punto de conseguir sistematizar uno de los atributos más complejos cual es éste de la contingencia al afectar por igual a cada uno de los ingredientes, el yo y la circunstancia o mundo. Curiosamente, de la “contingencialidad” del yo se ocupa menos en este texto⁷ que del carácter in-surgente que la contingencia inscribe en las cosas de la vida. Creo además que este sesgo del análisis de la contingencia hacia la “*contingentia mundi*” descrita aquí a partir del aspecto de “surgimiento o insurgencia del mundo en cada «ahora»”, le lleva a conectar el hecho de que en cada instante o “ahora” surge o insurge el mundo ante nosotros con el carácter instancial de las cosas, entendiendo por tal que las cosas son tan activas, insurgentes y “dramáticas” como el mismo yo-consciente⁸. Esto lo resume señalando que al yo-proyecto de nuestra vida corresponde la condición “dinámica de las cosas”. A la primera dificultad de comprensión de la vida humana, que señalamos más arriba, que no se repara lo suficiente en que la vida humana es una realidad no-cósica, que escapa, como el agua por un canasto, a la malla categorial de la metafísica tradicional, Huéscar añade una segunda preocupación, evitar otra mala comprensión de la razón vital o histórica: no se trata de que nuestra vida sea “dos en uno”, sino que es, por el contrario, “uno en dos”. Nuestra vida es la *única* realidad que se escinde en dos realidades derivadas, no existentes como tales sino en la unidad que las subyace⁹. Esto explica la insistencia con que Huéscar reitera que la contingencia no es atributo del yo libre o de la cosa que adviene sin ser esperada, sino de ambos, por predicarse la contingencia de la vida como un todo. Y en la definición de la contingencia

⁷ Hay algunas menciones decisivas a la libertad del yo que surge también de esa “afección” que la contingencia instala en el todo de nuestra existencia. Es en el capítulo VIII de *Éthos y Lógos* dedicado a estudiar el temple personal donde se trata con más detalle la relación entre contingencia y libertad en el yo-vocación.

⁸ Aunque no sin un punto de exageración, podría decirse que las cosas, en su aparecer no pautado, pueden decir “no” al proyecto del viviente, a sus planes y deseos, en resumen, resistiendo al yo. Las cosas no sólo nos afectan, sino que, insiste Huéscar, nos instan y en ese sentido son también “oportunidades”. Ciertamente todas esas intervenciones de las cosas en nuestras vidas carecen de intencionalidad.

⁹ Aunque el propio Ortega acuñó la metáfora de los *Dii consentes* o “dioses unánimes”, como una metáfora apropiada para ejemplificar la unión inseparable entre sujeto y objeto, no consigue expresar esa novedad que es la vida humana como unidad dramática que deviene sin tener un ser permanente, aunque la teoría de la vida humana pueda aislar categorías y atributos constantes y a su manera “esenciales”.

que propone Huéscar se destaca precisamente el sujeto a quien se atribuye: “la vida es siempre *expectativa de lo inesperado* estar esperando lo inesperado”.

Ésta es la magnífica paradoja en la que Huéscar encapsula ese rasgo que hace de nuestra vida al mismo tiempo un drama y una aventura.

No creo menester resumir el texto que, como dije, se abre al lector que tenga un poco de paciencia. Después de la definición que acabamos de dar y que Huéscar ha ido destilando analíticamente de aquellas categorías de nuestra vida de las que depende y a las que afecta, como las ya mentadas de la temporalidad (o “temporeidad”, como dice), de la instancialidad, de la presencia, etc., aclara la paradoja que encierra su definición, extrayendo algunas consecuencias que menciono brevemente: lo “esperado nunca es seguro” porque lo previsto y esperado, aquello con lo que contamos, y que hace posible nuestra vida —la mínima facilidad que tiene que darnos la circunstancia para llevar adelante nuestros quehaceres—, se encuentra cercado por un horizonte, Huéscar dice exactamente por “un contexto universal misterioso o enigmático”, que nos llega desde el futuro y que es contrarrestado por el pasado que funciona como el terreno firme de soluciones, la parte “dura, durable” de nuestra vida, lo consabido, “lo de todos los días”. Esta oposición entre las dos dimensiones de nuestra vida que confluyen en el fugaz presente tiene distinto peso en una vida u otra dependiendo de la determinación de una u otra instancia “tempórea” y, en última instancia, del proyecto vital que nos anima. Si se vive hacia el pasado, se cuenta poco con lo inesperado; si hacia el futuro, se tiene la sensibilidad abierta a “la expectativa de lo inesperado”. Huéscar propone que cada vida tiene una “ecuación de contingencia” distinta dependiendo de las mencionadas orientaciones proyectivas y tempóreas.

Como señalé en su momento, Huéscar no desatiende la forma en que la contingencia afecta al yo: las cosas, los acontecimientos, ese “carácter inventivo” que tiene el mundo ante el yo que hace su vida, “marca mi participación en la contingencia”, escribe. “Participar en la contingencia” es una expresión oscura si no se traduce por participar necesariamente en el quehacer que es mi vida. Y para aclarar ese papel del yo en la contingencia, Huéscar recurre a una venerable metáfora, pero con un giro distinto: no soy yo quien decide, apuesta su vida a una carta, sino que “la vida «se pone» ella misma en cada instante «a la carta» del momento”. Y añade un comentario que aclara la complejidad de la metáfora¹⁰: “En cada ahora, pues, y en la medida en que él [cada momento] se constituye en ese «juego» de contingencia, destino y decisión, «me juego la vida»”. Si lo interpreto bien, la contingencia, al serlo de nuestra vida, se convierte en el origen de la doble dimensión de libertad y destino que

¹⁰ La oscuridad de la metáfora de la apuesta cuyo análogo es nuestra vida explica la perplejidad que suele producir Ortega en sus intérpretes cuando remite la libertad al destino y el destino a la libertad.

constituye la estructura en drama de nuestra vida, que es libre porque está obligada a elegir en cada momento lo que tiene que ser en el momento siguiente; pero que es destino porque dicha elección se hace de cara al futuro, el lado oscuro de nuestra vida, donde reina la contingencia.

3

La vida de Antonio Rodríguez Huéscar se resume en pocas palabras¹¹ y algunas fechas. Nacido en 1912, ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la primera promoción del “Plan Morente”, la que habría de jubilarse en junio de 1936, a un mes de la guerra civil, que se convirtió en el escenario determinante de su existencia, si no para siempre, sí para muchos años, pues no sólo condicionó sus pasos durante la guerra, sino que terminada ésta, su condición de “orteguiano” se convirtió en una grave objeción para encontrar empleo. Después de la muerte de Ortega en octubre de 1955 decidió aceptar una oferta para enseñar filosofía en la Universidad de Río Piedras en San Juan de Puerto Rico, ya se ha dicho. Allí coincidió con otros ilustres exiliados. Mencionemos a Juan Ramón Jiménez, que recibió el Premio Nobel de literatura en 1956 estando en la isla. Regresó a España al cabo de veinte años en los que, además de impartir numerosos cursos, fue secretario de redacción de la revista de la Universidad, *La Torre*, a la que convirtió en una de las publicaciones más rigurosas de filosofía y humanidades del continente hispano. Se incorporó a la docencia como catedrático de instituto hasta su jubilación al cumplir setenta años, en el curso 1982-1983. Vivió de espaldas a la universidad española, cómoda en sus tradiciones escolásticas, desde donde saltó sin solución de continuidad a las modas europeas, en donde triunfaban dos filosofías del siglo XIX, como Huéscar no se cansó de repetir, el neopositivismo y el marxismo. Su producción filosófica no fue muy extensa. Ya hemos mencionado sus principales obras. Su primer libro, *Del amor platónico a la libertad* (1957) recoge sus trabajos como historiador de la filosofía en las tareas de edición de la prestigiosa colección “Biblioteca de Iniciación Filosófica” que la editorial Aguilar publicaba en Argentina¹²; su segunda, *Con Ortega y otros escritos* (1964)

¹¹ Puede consultarse el monográfico *Antonio Rodríguez Huéscar: una vocación filosófica*, en la revista de filosofía *Bajo Palabra*, época II, n.º 11 (2015). Dirección URL: www.bajopalabra.es.

¹² En 2009 tuve ocasión de reeditar el libro en la colección “Clásicos del pensamiento” dirigida por Jacobo Muñoz (Madrid: Biblioteca Nueva, 2009). Contiene una bibliografía y una cronología que pueden ampliar los someros datos que aquí ofrezco. En el portal *Biblioteca virtual Miguel de Cervantes*, puede consultarse una página dedicada a Rodríguez Huéscar que contiene algunas de sus publicaciones. El autor del portal es Juan Padilla Moreno, que hizo la tesis doctoral sobre nuestro filósofo, publicada más tarde con el título *Antonio Rodríguez Huéscar. La apropiación de una filosofía*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004. Dirección URL: https://www.cervantesvirtual.com/portales/antonio_rodriguez_huescar/.

revela a un escritor interesado por otros temas “mundanos” más allá o acá de la metafísica, especialmente, la literatura y el arte¹³. Sus últimas ocupaciones se orientaron hacia la novela. Cuando le sorprendió la muerte colaboraba con Ferrater Mora en la preparación de un curso de verano sobre filosofía y narrativa¹⁴.

Termino agradeciendo a las herederas de Antonio Rodríguez Huéscar, Helena, Carmen y Eva, las facilidades concedidas al Centro de Estudios Orteguianos para la publicación del presente ensayo. Pendientes de que el legado de su padre reciba la máxima difusión, donaron hace unos años los archivos del filósofo a la Biblioteca “Escuela de Madrid” de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, donde pueden consultarse los numerosos inéditos, correspondencia y notas de trabajo que contiene.

¹³ Fue autor de una novela, *Vida con una diosa* (1955).

¹⁴ En relación con ese tema, puede consultarse la correspondencia que mantuvieron ambos filósofos, publicada en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, n.ºs 16 y 17, 1993.

ANTONIO RODRÍGUEZ HUÉSCAR

*La ecuación de la contingencia**

Nuestra idea de la *contingencia*, al plantearse fuera del horizonte conceptual de la ontología clásica, que es el de la *modalidad* del *ser* o del *ente*, elude gran parte de los problemas que esta manera de entender la realidad inevitablemente suscita; aunque, como contrapartida, al quedar adscrita a una visión metafísica según la cual la *vida humana*, —en definitiva *mi vida*— constituye la “realidad radical” (en los diversos y precisos sentidos de esta expresión que ya conocemos), origina otros nuevos, y no menos terribles. No vamos a entrar ahora en ellos, por lo menos a fondo; me interesa por el momento abordar este concepto sólo en relación estricta con las exigencias temáticas de nuestro propósito exploratorio, lo cual equivale a hacer de él una presentación de un carácter más bien descriptivo.

La *contingencia*, para nosotros, se relaciona directamente con la *presencia* y con la *temporeidad*, otras dos categorías de la vida, igualmente primarias. Más aún, se identifica con ellas, tomadas en otro de sus aspectos, el del *surgimiento* o *insurgencia* del mundo en cada “ahora”.

Si recapitulamos brevemente los puntos más salientes de los capítulos precedentes que nos han traído a ocuparnos de esta noción de la “contingencia”, podríamos resumirlos en la siguiente serie esquemática:

* Se señalan en adelante entre corchetes las notas del editor. Se conservan dos versiones del capítulo dedicado a la contingencia. La primera, titulada “La ecuación de la contingencia” fue redactada, a partir de las notas del curso *Éthos y Lógos*, como artículo para el homenaje a José Ferrater Mora, proyectado a principios de los ochenta, y que había de ser editado por Javier Muguerza. Motivos de diversa índole impidieron finalmente su publicación por lo que el texto quedó inédito (cfr. la nota de Javier MUGUERZA en “Correspondencia entre J. Ferrater Mora y A. Rodríguez Huéscar”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, n.º 16, abril 1993, p. 33). Rodríguez Huéscar lo empleó como base para la segunda versión, elaborada como contribución al coloquio que el I. B. “Príncipe de Asturias” celebró para conmemorar el centenario del nacimiento de José Ortega y Gasset y que vería la luz en el volumen que se publicó posteriormente (“Categorías de la vida. La contingencia”, en Ana Esther VELÁZQUEZ y Belinda ÁLVAREZ (eds.), *Conversaciones sobre Ortega. (Actas de las Primeras Jornadas Culturales de Aller)*. Madrid: I. B. “Príncipe de Asturias” / Aller, 1983, pp. 363-379). Hemos seguido la primera versión por ser la más completa, puesto que el autor decidió simplificar algunos desarrollos de su texto, habida cuenta de que una parte del público asistente al coloquio eran alumnos de Bachillerato.

La *presencia* es un atributo –una “primalidad”, decíamos– de la *vida* (es decir, afecta a sus dos factores integrantes: a las “cosas” y al “yo”). Las cosas *hacen* “acto de presencia” (y sólo así, y por ello, *son* o pueden “ser”; el aparecer funda el ser –contra la tradición). Pero, a su vez, el acto de presencia exige la pertenencia originaria de lo *a-presentado* a ese ámbito de realidad primaria que, por incluir constitutivamente la capacidad y el ejercicio del *darse cuenta* (del que el “yo” es el órgano), posibilita la *presencia* misma. Ahora bien, esa *a-presentación* es un *surgir* o *in-surgir*: el acto de presencia es “surgente” o “insurgente”; la presencia no es meramente *ostensiva*, sino originariamente *conflictiva* –ambos aspectos van implicados en su carácter *instancial*; no es, pues, un mero *estar-abí* o *ser-abí* de las cosas, sino un *funcionar* de ellas, un *actuar* “en función de...” –en suma, un instar. Y aquello “en función de lo cual” *actúan* es mi situacional *pre-tensión*. Por ello, ese *proceso conflictivo* en que la *presencia* (léase ahora: la *contingencia*) se constituye es esencialmente *dramático* (pues es el de mi propio *vivir*) y tiene, por tanto, un carácter de *acontecimiento*, no “natural”, sino “historial”. Y como en él entra la complexión dinámica de *todas las cosas*, la dinamo-estructura totalitaria que llamamos “mundo”, podemos decir que éste es el primer sentido en que se nos ofrece la *contingencia*: el de la “*contingentia mundi*”. Pero esta expresión significa ahora, justamente, esa *unidad de acontecimiento* que implica o complica radicalmente nuestra función *advertidora*, *percatadora* o “perceptora”, al par que nuestra *pretensión* “proyectiva” –así, pues, nuestra esencial participación en ella, en sus diversos y conjugados respectos; todo ello queda integrado en el *acto unitario y total* de la *presencia*.

Nos interesa por el momento subrayar como primer atributo o rasgo peculiar de la “contingencia” ese carácter de “acontecimiento”, de *ocurrir*, *pasar* o *suced*, que tan primariamente conviene a la vida en su espontánea ejecutividad o “pragmaticidad”. En la vieja fórmula de Ortega, “lo que hacemos y lo que nos pasa”¹ –que, en su sencillez, encierra una enorme riqueza de virtualidades significativas–, el *pasar* o *pasarnos* corresponde, pues –repetimos– a este primer sentido de la “contingencia”.

Señalaba yo en mi libro *Perspectiva y verdad* que en el juvenil ensayo de Ortega “Adán en el Paraíso”² (1910), algunas de sus frases se podrían interpretar ya plenamente como visiones anticipatorias de lo que iba a constituir su original teoría de la realidad. Una de ellas decía: “*Todas las cosas viven*”³. E indicaba yo que ese vivir de las cosas consiste en su esencial “funcionar” en una vida concreta. Por tanto, no ya solo en su ser relaciones –Ortega proponía

¹ [“Prólogo para alemanes” (IX, 125-165) y *¿Qué es filosofía?* (VIII, 233-374), entre otros lugares. Las referencias aluden a la edición de las *Obras completas* en diez tomos de 2004-2010, señalando el tomo en números romanos y las páginas en arábigos].

² [II, 58-76].

³ [*Ibid.*, 65].

sustituir la categoría de “sustancia” por la de “relación” – sino más concreta y radicalmente en su ser *funciones* –se entiende funciones de una vida. Y agregaba que incluso se podría prolongar esta interpretación hasta afirmar que “lo que Ortega entrevé al hablar aquí de la «vida de la cosas» es el *ocurrir* de las mismas; o mejor, su *ocurrirnos*, subrayando por igual los dos núcleos semánticos del vocablo ocurrir, es decir, el *ob-*, que significa «hacer frente a», y el *currere*, que significa «el correr»: *o-currir*. El *ob-*, por cuanto su ocurrir es un hacer frente al sujeto, al yo; el *currere*, por cuanto es un pasar o pasarle a éste, al sujeto, al yo. Las cosas son, así, acontecimientos, ocurrencias, en este sentido: algo que *pasa* o *nos pasa*, y por eso son «vida», –la parte o aspecto de la vida que en la citada fórmula de Ortega completaba el “hacer” al par que lo posibilita. Advertía también que “en la raíz de los verbos impersonales latinos” que se llaman “de acontecimiento”, porque efectivamente “son los que significan «ocurrir», «suceder» o «acontecer»”⁴ hallaríamos fácilmente otras facetas semánticas que apuntan a esta dinámica condición de las cosas. Las cosas son *accidentes* –del verbo *accidit*–, lo que implica, entre otras cosas, su no ser sustancial. Las cosas son *eventos* –de *evenit*. En fin, las cosas son *contingencias* –del verbo *contingit*. Por último, llamaba la atención –en una nota– sobre la aguda intuición con que el lenguaje vivo, pragmático, había penetrado en este hecho básico “al designar el pasar o acontecer, precisamente, con verbos *impersonales*, que, en efecto, lo son porque su «sujeto» son siempre las cosas, nunca las personas”... “El hombre, la persona nunca *ocurre*; las cosas siempre; y siempre le ocurren precisamente al hombre”⁵ –le *ocurren*, esto es, *corren* a su encuentro.

Pues bien, nuestra noción de la “contingencia” se deriva de este sentido literal del *contingit*. En otros lugares destacaba también el “advenire”, venir hacia (nosotros), como modo de “dar-se” la realidad, y el carácter de *aventura*, es decir, de *aventura*, el carácter aventuroso, de aventurosidad, que tiene la vida. Y decía que esa esencial aventurosidad de la vida estaba ínsita en el seno mismo de lo que nosotros llamamos contingencia. *Ad-venire* y *ob-currere* tienen pareja significación, aunque con importantes diferencias de matiz; uno y otro verbo aluden, por lo pronto, a este *venir-hacia-nosotros* de las “cosas”, ese ocurrir o advenir. Y si preguntásemos –lo que parece obvio que se haga– de dónde vienen las cosas, tendríamos que contestar que “según se mire”. Si las miramos como “resultantes” de otras, diríamos que *vienen del pasado* –es la vieja relación causal; pero, por lo pronto, del inmediato pasado. Y así consideradas, pueden ser, hasta cierto punto, previsibles o *esperadas*. Pero si las miramos en su puro surgir, en esa *compleción* del surgimiento que *com-plica* la *vida*, y, por tanto, la libertad; si las miramos como es normal y sólito –por lo menos tanto como el verlas resultar del pasado–, en su puro *acaecer* o *acontecer*, en su puro *aparecer* o

⁴ [Perspectiva y verdad. Madrid: Revista de Occidente, 1966, p. 56].

⁵ [Ibid., p. 424, nota 105].

presentarse “instando” en cada momento, es decir, en su carácter no sólo *instante*, sino *instantáneo* –y esto es lo que ante todo queremos ahora destacar en el *surgimiento o insurgencia*–, entonces de donde vienen las “cosas” no es del pasado, sino del futuro, (de ese fondo arcano e imprevisible que en todo instante está ahí, ante nosotros, diríamos *en inminencia y amago*), entonces lo que ofrecen las cosas son sus aspectos novedosos e inesperados, en los que primordialmente la *contingencia* radica.

Ortega ensayó una interpretación de la pintura de Velázquez como un perpetuo estar apareciendo de lo contenido o representado en sus cuadros; es decir, como una “pintura de instantes”. Así, Velázquez habría perpetuado en cada lienzo suyo justamente lo más inestable y fugitivo que pensarse pueda, a saber, el instante mismo, con toda su titilación y temblor de tiempo vivo. Quien haya visitado el Museo del Prado se habrá “sorprendido”, en efecto –entrecomillo la palabra porque esa sorpresa es precisamente, como veremos, esencial a la vivencia de la realidad en su contingencia ante esa como inmarcitable frescura de las telas velazqueñas, y ese sabor de *realidad actual*, de presencia, de algo que *está ocurriendo* justamente *ahora* en el ámbito de cada uno de sus cuadros⁶. Hay varios párrafos en el texto de Ortega que exhiben, por decirlo así, deícticamente, ese aspecto primario de la *contingencia*. He aquí algunos de los más expresivos: “Convertir lo cotidiano en permanente sorpresa” (85)... “la realidad en cuanto apariencia. Pero entiéndase esta palabra en su significación verbal: la apariencia de una cosa es *su aparición, ese momento de la realidad que consiste en presentársenos*”... “En el cuadro, de pronto, «aparece» un hombre o una mujer o un cántaro –es indiferente qué sea. Lo importante estéticamente es que ese acto de aparecer está siempre repitiéndose, que *el objeto está siempre apareciendo, viniendo al ser, al existir*” (87)... “Le atrae [a Velázquez] sólo eso: que las cosas *estén ahí*, que surjan sorprendiéndonos, con aire espectral, en el ámbito misterioso –indiferente al bien y al mal, a beldad y fealdad– *que es la existencia*” (88)... “La *realidad apareciendo*”... “Velázquez descubre que, *en su realidad*, es decir, en tanto que visibles, los cuerpos son imprecisos (...). Las cosas en su realidad son «poco más o menos», son sólo aproximadamente ellas mismas, no terminan en perfil riguroso, no tienen superficies inequívocas y pulidas” –esto es lo propio de los primitivos, precisamente, el pintar la realidad con esa precisión de perfiles y de superficies; pero Velázquez es el primer realista absoluto en la pintura, como Cervantes lo fue en la literatura–, “sino que flotan

⁶ El escrito en cuestión de Ortega es, como se sabe, *Papeles sobre Velázquez y Goya* (Madrid, Revista de Occidente, 1950). He suprimido aquí la lectura del texto interesado (pp. 85 a 90 de la señalada edición) a la que se refieren también las cifras entre paréntesis que siguen a los párrafos citados. [Cfr. VI, 645-647. Como un poco más abajo observa el autor, los subrayados son suyos, a excepción del primero de la cuarta cita: “estén ahí”, y del que aparece en la sexta cita: “en su realidad”].

en un margen de imprecisión, que es su verdadera presencia. La precisión de una cosa” –termina Ortega– “es su leyenda”. “Habría hecho [Velázquez] el descubrimiento más impopular, y es éste: que *la realidad se diferencia del mito en que no está nunca acabada*”. Digo, pues, que los párrafos reproducidos –y subrayados por mí– describen diversos aspectos de la contingencia misma, en esta su significación primera. Podríamos decir, entonces, que ése es el verdadero tema de Velázquez, lo que Velázquez se pasó la vida pintando o tratando de pintar la contingencia misma, entendida en este sentido del carácter surgente de la realidad. Y por eso es su arte una inigualada quintaesencia de realismo, más, sin duda: la quintaesencia del realismo pictórico, una cifra, pues, de éste jamás alcanzada ni posiblemente alcanzable ya en toda la historia de la pintura; por tanto, un *unicum*, en el sentido de una irrepetible e irreductible culminación.

En el *surgimiento* de la *contingencia*, en lo que ésta tiene de “acontecimiento”, de “eventualidad”, de “suceso” encontramos la esencia misma del “ahora”. No digo su esencia completa, pero sí uno de los ingredientes constitutivos de esa “síntesis originaria” que es la vida en cada momento y que en otro lugar he llamado *nunceidad* (de *nunc*): lo que hay de indominable, de, en alguna medida, “imprevisible” y de “maravilloso” en el hecho de que *ahora* suceda precisamente “esto”, de que mi “ahora” consista precisamente en que *pase* o *me pase* tal o cual cosa (la que sea, incluso lo aparentemente más cotidiano y banal). Se trata justamente de esa especie de magia cotidiana y permanente –de todo momento– que irradia del hecho de que algo o alguien aparezca ahora ante mí con su ráfaga o embestida de *sabor de presente*, de tiempo vivo. Se trata de ese *misterio* –pavoroso si bien se mira, al par que siempre admirable– de que el *ahora*, *mi ahora*, sea la *aparición* de ese hombre, de esa mujer, de ese niño, de ese perro, de ese vehículo, de esa casa, de ese árbol, conocidos o desconocidos, poco importa, con quienes me cruzo en la calle, por ejemplo, que para mí apenas significan nada, igual que yo seguramente para ellos, y que sin embargo constituyen nada menos que el “poblamiento” de mi situación (de mi aquí y ahora) y por tanto son ahora mi vida, esta parte, este momento insustituible, irrepetible de mi vida. Se trata, pues, de esa especie de prodigio perpetuo de “estrenar” cada instante, de recibir el impacto de “novedad” de cada situación, la impresión de “frescura” del acontecer mismo, en cuanto tal. Trátase, en suma, de esa extraña mezcla de *desmesuramiento* y *medura* que es el vivir, en cuanto vivir-en-el-mundo: desmesuramiento del misterio, del enigma del mundo mismo como unidad de acontecimiento –unidad con mi propio vivir, naturalmente– que me trasciende por todas partes. Pero, a la vez, e inseparablemente, *medura*, modo y medida del vivir –en el peor de los casos, y, por lo menos, como exigencia inexorable–; es decir, necesidad de vivir siempre de un cierto modo y de encontrar su norma –la norma de ese modo– no sólo en mí, sino justamente en la “medida” en el “sentido”, es decir, en el *lógos* de las “cosas” mismas. Mi proyección hacia el desmesuramiento del misterio es, pues, contrarrestada o “compensada”, si no

neutralizada, por un *re-cogimiento* en mí mismo que busca hallar ese *lógos* de las cosas; por tanto, sus limitaciones, sus aspectos aprehensibles, para atemperarse a él. Y en ese peculiar dinamismo y tensión consiste también la contingencia, que, vista a esta luz, aparece ya en efecto como modo de ser de la vida misma en su integridad, y no sólo del acontecer mundano, ni, claro es, tampoco sólo de mi hacer o de mi libertad ni siquiera tampoco como *dos* “contingencias”, (como, por ejemplo, pretende Sartre quien habla de “la contingencia misma de la libertad y el mundo que rodea a esta contingencia con su propia contingencia”⁷ y define la situación por esa doble contingencia⁸).

Esta manera de hablar que supone dos contingencias no sólo me parece inapropiada, porque disgrega la inescindible unidad del *acto de vivir*, sino también porque implica la tesis, para nosotros inaceptable, de que se pueden encontrar atributos o propiedades que convengan en el mismo sentido al yo y a las cosas; en el lenguaje de Sartre, al *para-sí* o libertad y al *en-sí* ya sea la contingencia, ya sea la facticidad, de la que habla Sartre, y a la que pretende reducir esa contingencia – “*Contingence et facticité ne font qu’un*”⁹, dice. Sartre en realidad percibe la insuficiencia de sus conceptos, y hace esfuerzos por salvar las dificultades que suscita. Pero no puede lograrlo por estar preso en su ontologismo, es decir, empeñado en seguir interpretando la realidad en términos de *ser* y de *no-ser*. Ello le lleva a fórmulas paradójicas y, lo que es peor, casi ininteligibles a veces¹⁰. Pero no es mi intención entrar en la crítica de Sartre. Con estas citas y referencias sólo quiero señalar, como oportuno ejemplo que sale al paso, los desvíos y aún extravíos a que puede conducir cualquier intento, por superador que se pretenda, de entender metafísicamente hablando la realidad de las llamadas cosas y del llamado yo, o de los llamados *en soi* y *pour soi*, por más que no sean conceptos totalmente equivalentes, como términos, más o menos independientes, o, simplemente, como entes o seres.

⁷ “...la contingence même de la liberté et le monde qui environne cette contingence de sa propre contingence”. *L'être et le néant*, París, Gallimard, 1957, p. 567.

⁸ Escribe Sartre: “C’est parce que la liberté, est condamné a être libre, c’est-à-dire une plénitude de contingence au sein de laquelle elle est elle-même contingence; c’est par la assumption de cette contingence et par dépassement qu’il peut y avoir a la fois un choix et une organization des choses en *situation*; et c’est la contingence de la liberté et la contingence de l’en-soi qui s’expriment en *situation* par l’imprévisibilité et l’adversité des entours. Ainsi, suis-je absolument libre et responsable de ma situation. Mais aussi ne suis-je jamais libre qu’en situation”. *Ibid.*, p. 591.

⁹ *Ibid.*, p. 567.

¹⁰ He aquí un botón de muestra: “...il y a un être que la liberté a être sous forme de n’être pas (c’est-à-dire de la néantisation). Exister comme *le fait* de la liberté ou avoir être un être au milieu du monde, c’est une seule et même chose et cela signifie que la liberté est originellement *rapport au donné*” (*ibid.*). Abundan en Sartre estos ejemplos, mezcla inextricable de errores y aciertos. (Vea quien se interese por la cuestión las pp. 566 a 569 de la citada obra).

Con respecto a la contingencia, en efecto, como con respecto a cualquier otro atributo metafísico básico de la realidad, esa realidad a la que el “atributo” es atribuible no puede ser otra que la “radical”, es decir, la vida humana en su indisoluble integridad. Lo que sí se puede, más aún, lo que se tiene que hacer es considerar tales atributos, propiedades o aspectos básicos de la realidad –y, así, en nuestro caso, la contingencia–, desde un punto de vista perfectamente “circunstancial” o, diríamos, mündico (desde el punto de vista de “lo-otro-que-yo”, de lo que no soy yo) o desde uno preferentemente “personal” o “yoico” (es decir, desde mí mismo o desde “mi-hacer-con-lo-otro”). Entonces, según tomemos uno u otro punto de vista, en la contingencia se destacará principalmente su carácter de *surgente* o *in-surgente*, es decir, “aconteciente” o “instancial” –carácter referido siempre propiamente a *lo-otro*, puesto que el “surgimiento” lo es *ante-mí*¹¹– (pero que, como vemos, me “complica” esencialmente *a mí* –es decir, un “yo”, un “alguien”–); o bien, si el punto de vista es el de mi “hacer-con-lo-otro”, se destacarán los caracteres aproximadamente contrarios: los del *in-venire*, que apunta al originario *encontrarse-con* las “cosas”, especialmente en lo que el *in-surgir* de éstas tiene de “problemático”, y, como consecuencia inexorable de este primario “encuentro”, apunta también a un segundo “encontrar”, que es respuesta al primero, a saber, el “encontrar” soluciones, el cual, en su forma radical, implica el *inventar* la vida. Aspectos o requisitos suyos son los rasgos que señalábamos como propios de la *mesura*: el *re-cogerse*, incluso el *poseerse* uno a sí mismo, justo para entrar en posesión y dominio de lo otro –es decir, de lo que empieza a “aparecerse” como “indominable”–, un dominio, por lo pronto, *entendedor* –mejor que “intelectual”– o, quizá mejor todavía, *comprensivo*, obtenido mediante el encuentro del sentido o *lógos* de las “cosas”, que son, antes que nada, “las cosas de la vida”.

Por todo ello, la contingencia lo es siempre, en definitiva, de la vida, del “hecho de los hechos”, que, como sabemos, resulta no ser un hecho sino un *por hacer* o *que-hacer* un *faciendum* –participio de necesidad, lo que hay que hacer. Y esta originaria “hacendosidad” que no “*facticidad*” (como dice Sartre) determina su peculiar sentido.

Voy a limitarme ahora a describir uno de los aspectos de la contingencia, a mi juicio, más sugestivos –dejando para otra ocasión los restantes, que son muchos–, y que podríamos caracterizar, como punto de arranque en los siguientes términos: desmesuramiento y medida de *vivir en el mundo*, esto es, engranado en un curso constante de *acontecimientos* o *insurgencias* y por tanto en la paradójica situación que podemos llamar, creo que con estricta propiedad, situación de “expectativa de lo inesperado”. (Sería otra definición posible de la vida: la vida es siempre “*expectativa de lo inesperado*” estar esperando lo inesperado).

¹¹ Y aquí, de nuevo, otra discrepancia con Sartre, quien suele hablar de “surgimiento” refiriéndose precisamente a la “libertad”.

Comencemos por advertir que la expectativa de lo inesperado es una expresión que no pretende agotar el campo entero de la expectativa pero que describe, –repito, con toda propiedad– la “contingencia” *aparte mei*, es decir, por parte del yo –bien que en constante, estrechísima y esencial referencia a la *contingentia mundi* o a *parte mundi*. Es, diríamos, el modo específico de percibir o mejor de vivir la “contingencia” como tal, quiero decir, en su esencia última o por lo menos en su sentido quizás más radical, esto es, más afincado en las “raíces” de la vida. Esa “expectativa”, en efecto, es constitutiva de toda situación de todo ahora y, como todo lo que goza de tal condición, se puede considerar como una categoría básica o “primalidad” de la vida humana. Y decimos que no pretende agotar el campo entero de la “expectativa” porque claro es que esta “espera de lo inesperado” va siempre inserta o articulada en la expectativa en el sentido estrecho (o “estricto” y literal) de la palabra, es decir, en la de lo *esperado* o *pre-visto*¹². Lo que se quiere decir con nuestra paradójica expresión es que en la *expectativa* sin más o “literal”, esto es, la de “lo esperado”, entra siempre como ingrediente suyo esencialísimo, incluso constitutivo, el esperar lo inesperado. Lo que viene a confirmar una vez más la paradójica, si no contradictoria, condición, tantas veces señalada, de esta realidad, al par la más extraña y la más familiar e inmediata –de nuevo la paradoja– que llamamos “la vida humana”.

Lo paradójico de nuestra expresión le viene, pues, del hecho mismo que intenta expresar o “trasumir”, hecho tan paradójico que empieza como sabemos, por no ser “hecho”: no es *factum*, es un *faciendum*, y esto es importantísimo. Ese entrar en toda expectativa lo “inesperado” se produce en los siguientes sentidos o modos, y por las siguientes razones:

1º) Porque “lo esperado” nunca es *seguro* –se entiende, absolutamente seguro. El futuro, en efecto, es, por excelencia, el ámbito metafísico de la “inseguridad”, de la esencial inseguridad de la vida –por muy previsibles que los acontecimientos sean o parezcan ser. Por tanto, “lo esperado” *puede* no llegar, no producirse –una de las más notorias “posibilidades permanentes” de la vida. Y entonces ese no *producirse lo esperado* es justamente lo *inesperado*, puesto que, en su lugar, forzosamente, ha de producirse algo, algo que precisamente, por definición, *no esperábamos*.

¹² Nuestro nivel descriptivo es aquí, en su elementalidad, previo a toda problemática de la esperanza, tan actuante y decisiva en la mayor parte de las filosofías de orientación “existencial” –y especialmente en las de inspiración cristiana–, y tan extensa y agudamente escrutada en España por Laín Entralgo. [Cfr. *La espera y la esperanza*. Madrid: Revista de Occidente, 1957]. Es evidente, sin embargo, que una continuación a otro nivel, de nuestra marcha analítica nos conduciría necesariamente a ella, dada la esencial conexión entre ambos “temas” –en rigor, dos estratos de un solo gran “tema” abarcador.

2º) Porque, aunque “lo esperado” llegue, es casi seguro –y no quito el “casi”, para no contradecir, en este punto, mi propia tesis– que llegará *en forma distinta* de como ha sido *previsto* imaginativamente, y ello, ya en sí mismo, en la propia “consistencia” interna del acontecimiento (“consistencia”, por otra parte, nunca unívoca, sino siempre oscilante dentro de un margen de posibles variaciones de “sentido”¹³), ya, también en el *convoluto de acontecimientos concomitantes* o integradores del futuro “total” o “múndico”, que *ahora se hace presente* (siempre, en rigor, en ambas formas a la vez y en muy variables proporciones). Lo previsto y esperado lo es siempre dentro de un contexto universal misterioso o enigmático, que, al desvelarse o revelarse en acontecimiento presente, constituye justamente lo por esencia “inesperado”. Lo *surgente* o *insurgente* de todo presente “actual” –y no es redundante o tautológica la expresión– viene o *ad-viene* siempre como brotando de ese horizonte de arcanidad que es el futuro, y de ahí su radical “contingencia”, en nuestro sentido, que no es ya el de “poder ser otra cosa o de otro modo” –que es el sentido que tenía la contingencia en Aristóteles– o simplemente el “poder no ser o no haber sido” –que es el sentido, mucho más profundo, que tiene la contingencia en el pensamiento cristiano–, sino, por el contrario, el carácter rotunda y terminantemente *positivo*, y aun *impositivo*, del *acaeecer* real de cada instante, en su incontrastable *presencia* y *novedad*, en la fuerza efectiva –si no en la “necesidad” de su “*facticidad*” (ahora sí se puede emplear el término, si bien sólo en la acepción precisa dada en el contexto), siempre en alguna medida imprevisible. Y es justamente esa dimensión de lo *no-previsto* o *inesperado*, por tanto, de lo que parece escapar a mi control, la que principalmente le confiere ese carácter *impositivo*: misteriosamente *surge*, *brot*a, *aparece*, donde y cuando menos se espera, e inmediatamente –en rigor, simultáneamente–, *insurge*, *insta*, *resiste*, y en todo ello radica su incoercible *fuerza de realidad* y su incomparable, irreductible, intraducible *sabor de vida* de actualidad de efectivo presente –en suma, de lo “reciente”, “matinal”, “estrenado”, “virgen”. Sabemos por supuesto que todo esto no sería posible sin [que] la vida que efectivamente siempre *se estrena* en algún grado y medida, no fuese también, al mismo tiempo, un encontrarse viviendo *ya ahí*, donde ese *ya* y ese *ahí* conectan con un pasado más o menos definido y por tanto siempre más o menos reconocible, algo en lo que la vida se apoya porque es lo único duro, durable, lo único relativamente consistente y seguro que posee: lo consabido, consuetudinario, lo de todos los días, lo de siempre. Es decir, que no hay un absoluto *surgir* según señalábamos más arriba oponiéndonos a una idea de Sartre, que todo surgir supone un “en”, cuyo ámbito es mi vida, *ya ahí*: nadie *asiste*, en efecto, a su propio nacimiento, como se ha hecho notar repetidamente. Me nacieron, solía decir Unamuno con escatológico desgarró. Sí, eso es cierto; pero en compensación y contraste, nadie

¹³ Ferrater Mora diría que se trata de un hecho en el que el aspecto *tendencial* “sentido” prima ampliamente sobre el aspecto *tendencial* “ser” –según su básica distinción en *El ser y el sentido*.

tampoco deja de *re-nacer* en cada momento. (Esta doble gravitación de la vida, consecuencia estricta de su consistencia tempórea, puede variar ampliamente en uno u otro sentido, según la índole de sus situaciones, –a cada una de ellas le correspondería, definiéndola en ciertos aspectos fundamentales, lo que he llamado una determinada “ecuación de la contingencia”).

3º) Así como decimos que en *lo esperado* anida siempre lo inesperado, como en la manzana el gusano, así también podemos decir, viceversa, que, precisamente por ello, lo *inesperado* es *esperado* por nosotros en todo momento. Vivimos, pues, a la expectativa de ello. Sabemos que *no sabemos* lo que nos depara o reserva el *porvenir* –ni siquiera, insisto en ello, el inmediato, ni siquiera, aunque corresponda a la sazón vital más consuetudinaria o rutinaria (o, en su caso, al hecho más “científicamente” previsible). Y hasta tal punto es constitutivo del vivir humano este saber de la imprevisibilidad de lo *por-venir*, este “esperar lo inesperado”, este aguardar la sorpresa, que, si ésta tarda en presentarse, si todo pasa *como estaba previsto* –en la medida siempre relativa en que, como sabemos, esto puede suceder–, esa misma ausencia de lo inesperado (sobre todo si se prolonga) puede constituir, y de hecho constituye, una enorme “sorpresa”. Nos sorprendemos, entonces, de que, contra *lo que esperábamos*, lo inesperado no *se presente*, no *sobrevenga*, de que sólo pase o suceda “lo que estaba previsto”. Pero entonces advertimos que justamente ese *pasar sólo lo que estaba previsto*, por tanto, lo *esperado*, se convierte en el más *inesperado* de los “acontecimientos” –y de ahí la sorpresa. (Hasta tal punto es esto así, que, si de pronto, en nuestra vida todo comenzase a suceder *exactamente* tal y como lo habíamos previsto y esperado –tratemos de imaginarlo de verdad–, en una situación prolongada, lo que sentiríamos no sería ya sorpresa, sino verdadero terror, como si nos hubiésemos salido de la vida y hubiéramos entrado en otro plano o, literalmente, en otro mundo, quizá en “el otro mundo”. A lo mejor el otro mundo es eso, quién sabe. Yo, al menos, no puedo imaginarme una situación tal sin sentir un escalofrío). Una vez más, contra Sartre –quien del hecho de este esperar lo imprevisible saca la consecuencia de que el hombre no se sorprende por nada–, de nuestro análisis se desprende la consecuencia contraria: que el hombre espera siempre la sorpresa –“Donde menos se espera, salta la liebre”, dice con una profunda sabiduría el refrán popular. Y si ésta alguna vez no llega, este mismo *no llegar* se traduce, precisamente, se transmuta, en *sorpresa*. La sorpresa, entonces, podemos decir, llega siempre puesto que incluso llega con su no-llegar. (Ortega hace de esta imprevisibilidad del futuro la raíz de la esencial “perplejidad” que es siempre, más o menos, la vida humana, relacionándola con el estado y función de las *creencias*¹⁴). La vida, pues, siempre “reserva sorpresas”. Y vivir consiste, a este respecto, en el progresivo “descubrimiento” de que las cosas

¹⁴ Véase especialmente *La idea de principio en Leibniz* [IX, 927-1174].

no son *como* las *preveíamos*. Es esta una de las faces básicas constituyentes de la llamada “experiencia de la vida”¹⁵.

4º) Por último, la vida es también *expectativa* de lo *inesperado*, por cuanto ni siquiera mis propias decisiones –no hablemos ya de las de los demás– puedo prever con seguridad (el hecho primario de la “forzosa” libertad que es la vida lo impide ya *a radice*). Y también en este orden de mis “haceres” se conjuga lo “imprevisible”, con lo previsible, es decir, con lo que “espero de mí mismo”. Por lo demás, al ser tomadas mis decisiones en función de las *posibilidades* en cada caso “ofrecidas”, dependen en alguna forma, dentro del margen de libertad en que se producen, del carácter aleatorio de éstas, o sea, de la *contingentia mundi*. Mas también hay aquí un “viceversa”. También lo que a cada instante encuentro, lo que ante mí *surge* o *aparece*, depende, “en alguna forma y grado”, y dentro del margen de imprevisibilidad de su “contingencia”, de lo que yo en cada momento *decida* y *haga*. Mis encuentros con las “cosas” y en general con lo otro que yo, son, ya lo hemos dicho, *eventos* (del verbo *evenit*). Mas también, por cuanto son *míos*, puedo llamarlos *inveniencias* o, quizá mejor todavía, ¿por qué no?, *inventos* (de *invenire*) –tomando el término en este significado metafísico preciso. Podemos, pues, decir que los acontecimientos *vienen a mi encuentro* (*advienen*), y de ahí la repetidamente aludida *aventurosidad* de la vida; pero también que yo voy a su encuentro, y, muchas veces, si no todas, “advienen” justamente porque yo voy a su encuentro. La vida es siempre “aventurosa”, pero puede serlo en muy diversos modos, y, por lo pronto, en estos dos. Unas veces la “aventura” nos salta al paso, o nos asalta; otras veces “salimos” nosotros “en su busca”, como don Quijote. Y sería de apasionante interés describir las formas que toma, o que puede tomar, la vida, según el *cómo*, el *cuándo*, el *por qué* y, desde luego, el *cuánto* de esos dos modos, siempre en alguna “proporción” presentes en todo vivir. Si yo no hubiera decidido salir a la calle, o quizá quedarme en casa, “hacer”, en suma, esto o aquello, mi “ahora” no consistiría en encontrarme con tales o cuales cosas o personas, con tales o cuales “hechos” o “acaecimientos”. Desde este punto de vista, pues, soy yo el que los “encuentro”, “descubro” o “invento” –en el señalado sentido, que coincide en gran parte con el etimológico–, aunque desde otro punto de vista sean ellos los que “vienen a mi encuentro”. Las “cosas” y acontecimientos son, así, a la vez, eventos e “inventos”, y ese carácter “inventivo” marca mi participación en la contingencia. Yo intervengo, yo colaboro, incluso, de algún modo, yo “construyo” o “constituyo” cada uno de mis *ahoras* en su contingente *poblamiento* y *cualificación*¹⁶. Pero también,

¹⁵ [Véase *Sobre una nueva interpretación de la historia universal* (IX, 1185-1408) y “Goethe sin Weimar” (X, 20-35)].

¹⁶ Con anterioridad he desarrollado ampliamente el concepto de “situación” cuyo núcleo esencial radica en un “aquí-ahora” concretado en cada instante por lo que he llamado su

recíprocamente, la *contingentia a parte mundi* de cada “ahora” me “construye” –“edifica”– y “constituye” (y a veces también me “destruye”) a mí. Y este doble y mutual juego constituye, en suma, *la vida misma*; es, visto en otra de sus múltiples perspectivas, el *juego de la vida*. Lo cual quiere decir, ciertamente, que la vida *es* ese juego, consiste en él; pero, además, que lo que en ese juego “se juega”, la *puesta* de él –lo que en él va jugado– es la vida misma. La vida “se pone” ella misma en cada instante “a la carta” del momento (el momento *es* esa “puesta”). En cada ahora, pues, y en la medida en que él se constituye en ese “juego” de *contingencia*, *destino* y *decisión*, “me juego la vida”. Y este decir me parece más claro y preciso que el que afirma –hablando aproximadamente de lo mismo, aunque en otro lenguaje metafísico– que “al ser del *ser-ahí*”, o simplemente al “*ser-ahí*, en su ser, le *va* esencialmente este ser mismo”¹⁷. “Jugarse la vida” significa literalmente “arriesgarla”, “exponerla” a *pérdida* o *ganancia*. Sólo que este riesgo y exposición no son optativos, sino, según vengo señalando, “constitutivos”, y éste es uno de los más profundos sentidos en que podemos decir que todo “ahora” tiene una dimensión *trascendente*. “Contingencia” y “trascendencia”, pues, en nuestro concepto, lejos de excluirse u oponerse, en esta presencia primaria y temporal que es la vida, se implican mutuamente. La “gravedad” o “pesadumbre” de la vida –de que hablamos en otras ocasiones– no está reñida con su “contingencia”, en efecto, sino que, por el contrario, le pertenece a ésta intrínsecamente, en cuanto que en ella entran “constitutivamente” mi decisión y mi hacer, que se producen, justo, en función de mi “*invención* de la vida”, y que, en tal sentido, condicionan los *encuentros*. Lo fortuito, lo aleatorio, el “acaso” o azar, la “casuidad” o “casualidad” de los “acontecimientos” o “eventualidades” no se *da* sin algún modo de “intervención” mía, de “proyección” mía en ellos, y su relativa “gravedad” lo es siempre en referencia a la *gravedad básica* de mi necesaria *decisión* de cada “ahora”, a la *importancia suma* de acertar en ella. (Ni que decir tiene que esta gravedad varía dentro de un amplio margen de “inminencia” y de “trascendencia”, según la índole y peculiaridades de cada *situación*). De ahí la necesidad del “cuidado” (*cura* –*sorge*–, *preocupación*, como estructura radical de la vida) que hay que *poner* en cada *elección*. A la “sabia” o “ignara” administración de ese “cuidado” corresponderán cualificaciones y valores de la vida del tipo de la “*eligencia*” (*elegancia*, “exigencia”) o de la “*in-eligencia*” (“*neg-ligencia*”, “negligencia”), la *in-curia*, etcétera. Cualificaciones y valores que ofrecen peculiares configuraciones mutuales “etho-lógicas”, o que dependen de ellas. Todas las “estratificaciones” de la “verificación” de la vida, en sus formas plenificativas o frustrativas –verdad

“poblamiento” y su “cualificación”. [La nota remite a continuación a una sección de *Éthos y Lógos* (Madrid: UNED, 1996), titulada justamente “Poblamiento y cualificación”, pp. 99 y ss., y a *La innovación metafísica de Ortega* (Madrid: MEC, 1982), de nuestro autor, pp. 105 y ss.].

¹⁷ Heidegger, *Ser y tiempo*, p. 99 [parece referirse a la traducción de José Gaos. México: FCE, 1951].

del “Ser”, del creer o del *pensar*, es decir verdad “que se es”, en “que se está” o a “que se llega”–, con sus correlativos aspectos *lógicos* y *éticos* –“autentificación”, “falsificación”, etcétera– y su estricta dependencia (es decir, su complejión “ethológica”) se constituyen en este “juego” de la vida entre la “contingencia” como *contingentia mundi* y la forzosa, inexorable *libertad de decisión*.

Todos esos son aspectos de la “contingencia” que se relacionan directamente con el hecho de que todo “ahora” se dé en un proceso de *pérdida* o *ganancia*. (Ya sabemos que estas pérdida y ganancia lo son de “posibilidades” y por tanto que en todo “ahora” se *pierde* o se *gana* tiempo –no hay “ahora” neutro¹⁸–, y con el hecho de que la “inserción” de cada “ahora” en tal proceso corresponda a una cierta “posición” en él (por ejemplo: “inicial”, “medial”, o “final”; “crítica” o meramente “secuente”; etcétera).

Otros rasgos de la “contingencia” que afectan a la “cualificación” y al “poblamiento” –y que también de un modo u otro han sido aludidos ya– son la “etaneidad” como el “nivel” y la “fechabilidad” que se podrían resumir en su carácter *historial*. Sabemos que en cada ahora está *gravitando* la vida entera; pero como esa vida no se realiza si no es engranando –simultánea y sucesivamente– con otras, pues vivir es a la vez *sub-vivir*, *pre-vivir* y *con-vivir* podemos decir también que en cada “ahora” en su “contingencia” gravita también la historia, cuando menos en el sentido de estar necesariamente inserto y articulado con más o menos conexiones o articulaciones en lo que podríamos llamar el “ahora común” del “proceso histórico”.

Digamos para terminar, que es esencial, para *entender* una situación (y en el límite incluso una vida), es decir, para desvelar una de las claves básicas de su *sentido*, el encontrarse su peculiar *ecuación de la contingencia* –esto es la peculiar proporción, función respectiva y entrelaje en ella de lo *esperado* y lo *inesperado*. Ahora bien, el sentido último de dicha ecuación no lo aprehendemos si no es como un también peculiar genuino “saber” que en realidad es un *sabor* y que viene a ser la “resultante *vivencial*” de esa “ecuación”, –algo a lo que ya he aludido alguna vez con las expresiones “sabor de realidad”, “sabor de actualidad”, “sabor de instante”, “sabor del tiempo”, incluso “sabor de la vida”– y cuyo nombre más adecuado en cuanto “disposición receptiva” y en cuanto “apertura”, y también en cuanto “disposición activa” o “predisposición” y en cuanto “disposición afectiva” (“estado de ánimo”), etcétera... (todo ello es en él inseparable) cuyo nombre más apropiado, digo, si atendemos a esa variedad de aspectos, variedad que intentan recoger pero que sólo lo logran parcialmente, las voces alemana y española respectivamente, *Stimmung* –sobre

¹⁸ Cfr. mi artículo “Sobre el perder y el ganar”, en *Überlieferung und Auftrag. Festschrift für Michael de Ferdinandy zum sechzigsten Geburtstag*, Wiesbaden, Guido Pressler, 1972, pp. 595-602.

todo en Heidegger– y “talante” –especialmente en Aranguren¹⁹– cuya mejor denominación, repito, es *temple*.

“La ecuación de la contingencia”, cap. VII, en *Éthos y Lógos*.
Madrid: UNED, 1996, pp. 141-160.

¹⁹ [Cfr. Martin HEIDEGGER, *Sein und Zeit*, §§ 29-30; José Luis L. ARANGUREN, *Ética*. Madrid: Revista de Occidente, 1958, cap. 11].